



## EL METRÓNOMO DE LA RESPIRACIÓN. SOBRE *REHACER EL ALIENTO* DE ERNESTO SUÁREZ

DANIEL BERNAL SUÁREZ



*Rehacer el aliento*, Ernesto Suárez.  
Baile del Sol, Tenerife, 2016.

En este nuevo poemario, Ernesto Suárez (Santa Cruz de Tenerife, 1963) prosigue por la senda del despojamiento verbal que ha caracterizado su obra desde los años noventa de la pasada centuria. Con anterioridad, en los ochenta, había concebido tres cuadernos que se inscribirían en ciertas pulsiones de indagación onírica y neovanguardistas y que mezclan, en algún caso, la imagen a la textualidad a través del collage (*Espumas de carrusel*, *Terceros apuntes para tu sueño* y *Álbum*). Estos cuadernos darán paso a una segunda época signada por el despojamiento expresivo y la tensión verbal. José Luis Ochoa dirá de su escritura a partir de los 90 que se consolidan en ella las siguientes características: «concisión en el decir, lirismo concentrado, imágenes transparentes, la búsqueda de un paisaje externo que es a la vez paisaje interior, la palabra del deseo tras el cuerpo del amor y del poema». A partir de entonces, nuestro autor publicará *Los tankas oscuros* (*Ocho tankas oscuros* en su versión primera), algunas series poéticas incorporadas al volumen *Las playas. Cuadernos poéticos 1982-2002* y, posteriormente, los libros *El relato del cartógrafo*, *La casa transparente*, *Spree* y el poemario colectivo *Ruido o luz* (junto a Carlos Bruno Castañeda y Daniel Bellón).

En el principio fue el Verbo, rezan las Escrituras. Y el verbo que aquí nos atañe, *ab initio*, es el título *–Rehacer el aliento–* y, más concretamente, la forma infinitiva del verbo que aparece presidiendo la expresión: re-hacer. Rehacer: volver

a hacer, configurar lo hecho de un modo diferente o reconstruir algo desde su ruina, su ausencia o su vacío. Ya aclararemos algo el asunto. Luego nos topamos con *aliento*, vocablo de larga raigambre religiosa: hálito espiritual y, también, respiración sostenida, bocanada reveladora de los movimientos de inspiración y espiración; en ambos casos, sustento de la vida, ya sea en su vertiente espiritual o fisiológica. Rehacer el aliento: retomar, renacer.

El libro está dividido en cuatro secciones de desigual extensión: «Advertencia del poema», «Conjeturas», «Los días» y «Rehacer el aliento». La primera impresión es la de hallarnos ante las cuatro fases de un proceso, con su pórtico de entrada, su desarrollo y la anátesis implícita en la homonimia final.

La primera sección incorpora dos versiones de un mismo poema, dos movimientos: inspiración y espiración. Ambos pueden leerse como una suerte de poética a través de la eclosión germinativa. La descripción del suceso: preparación de la tierra (patio en la primera versión, maceta en la segunda) para el advenimiento de la vida (semilla, brote). Así, pues, germinación vegetal como símbolo de todo renacimiento: renacer, rehacer. Remite ello al regreso desde un *impasse*, que acaso comporte una noción cíclica vertebrada a partir de dos instantes o estados. Fijémonos en la dualidad marcada por la diferenciación tanto de los espacios (patio, maceta) como del cuerpo vegetativo aludido (brotes, semillas) e, incluso, en el énfasis distinto –en cuanto al género gramatical– que acarrea el participio del verbo *renacer* en cada caso (en la primera versión en masculino, en la segunda en femenino). En la primera, además, la lluvia opera mientras el sujeto lírico duerme: «anoche comenzó a llover / desde el sueño yo escuchaba el chapoteo». En la segunda se filtra la incertidumbre sobre la posibilidad de la germinación porque las semillas son poca cosa: «frías como ceniza», «(...) estas motas / escasas y justas y verdes». Así, pues, ambos textos funcionan como pórtico por la autolectura del libro que contienen. Perfilan, además, un sentido y una actitud propios del sujeto poético: ante la cosecha todo pulso activo manifiesta su conversión en la pasividad del que espera: advenimiento, el del poema, el del brote o la semilla, bajo la matriz vegetal que respira.

Engendramiento sosegado, sujeto al albur de un ritmo secreto. Pero engendramiento que es, recordémoslo, renacimiento. Vaivén. Inextricable continuidad que se verifica solo tras un *impasse*, como hemos dicho. Ese *impasse*, esa crisis, es la que explica el regreso; y, a su vez, es la que introduce el vacío en la ecuación. Inspiración, vacío, espiración. Así, pues, hay una dialéctica entre la ausencia y la plenitud, y para que se efectúe el regreso entre posiciones, el vaivén –inspiración, espiración– es necesario ese vacío: la oquedad. La ausencia es, al fin y al cabo,

no solo lo perdido, sino también lo deseado que aún no se manifiesta. En el interludio del vacío yacen agazapados el miedo y el ansia, la duda del quiebro, el temor al ahogo. Es, por antonomasia, el estado de la espera y de la duda. Vacío: lugar *entre*: rendija: *grieta transitoria*.

Si volvemos a la lectura de *Rehacer el aliento* como rastreo de ese proceso descrito, entenderemos que el desarrollo natural de los textos se oriente hacia la vacilación y la incertidumbre. Ello encuentra cabal expresión en numerosos poemas que se enuncian desde una posición conjetural, ya sea por la introducción de cláusulas condicionales, la marca de los subjuntivos, la proposición de fórmulas interrogativas en detrimento de la afirmación rotunda, y la indeterminación final de algunos textos. Los encabalgamientos, además, transmiten, a ratos, una respiración entrecortada, una especie de tartamudeo, como vehiculando el ahogo del que se habla en algunos poemas. Tajo operado en el verso que armoniza su estructura formal con su dimensión semántica.

La tercera sección del libro aglutina diversos textos que componen un itinerario por el diario discurrir de la existencia. Recomposición, en la palabra, de momentos y personas. Así, pueblan estas páginas la figura del padre, de la hija, de la compañera, de las amistades, la memoria del viaje y de los espacios visitados, los paisajes entrevistados o los interiores, la historia hecha carne del recuerdo. El poema dedicado a la hija concluye de esta guisa: «la vida defiende la vida / y su semilla es siempre tránsito». Afirmación de la transitoriedad (circulación perenne, viaje, flujo) de la vida, contemplación del delgado cordel que nos une. Especial énfasis cobra la mirada sobre la infancia, sobre los niños y su asombro primigenio, su peculiar inmersión en la realidad. Por instantes se percibe un tono de celebración frente al mundo, o al menos asombro frente a su ser, cual si se repitiese aquel verso de Quevedo: «nada me desengaña, el mundo me ha hechizado».

Predomina el *tiempo de la luz*: el verano, el mediodía. Incluso cuando la caída de la luz es mentada, la oscuridad refiere una profundización, una interiorización del mundo. Ver el *adentro*: en su interior el interior del mundo, en el centro del mundo la semilla de sí mismo. Hay en ello una referencia a la fractalidad: espejeo entre realidades. Respecto de esta *dimensión solar* hay alguna excepción como «Bodegón con árbol y mujer», donde la muerte hace acto de presencia, así como la penumbra que oculta la visión de las flores de un árbol; con todo, el poema se resuelve en una especie de invitación al *aquí*. La respiración es, también, una constatación del presente: *fisiología de la proximidad*.

La última sección, «Rehacer el aliento», se subdivide, a su vez, en

dos series. La primera, «Raíz», articula cinco fragmentos que exploran diversas cuestiones en torno a dicho concepto. La segunda serie lleva por título «Rehacer el aliento». *En el fin está su principio*, podríamos decir parafraseando el verso de Eliot de *Cuatro cuartetos*. Circularidad respiratoria: en estos textos sobresalen las palabras *bienvenido*, *bienhallado* y *te esperaba*. En el fin está su principio. Al final yace no solo la confirmación de la espera, sino el hallazgo, la presencia del que regresa tras el vacío.

El último poema del libro incorpora la dualidad cercanía/lejanía, de un modo que tiende a difuminar o a confundir los términos, a anular o subvertir la tensión implícita en la oposición binaria. En el poema que le precede también se abunda en ello y respecto de dos órdenes de cosas, el adentro/afuera («el asunto es su exactitud el hallazgo / de lo que se encuentra hacia adentro / pero fuera»), y lo contemplado/la contemplación («el asunto es la aceptación / tanto de lo que se mira / como de la forma de ver»).

Inspiración, vacío, espiración. Inspiración, miedo, espiración. Inspiración, esperanza, espiración. Inspiración, poema, espiración. Quizá, detrás del ciclo respiratorio, pueda escucharse la música del ser. El libro funcionaría, de este modo, como un metrónomo que marca la sincronía del *ritmo justo* de la respiración y de la palabra. O, si se prefiere, el desplazamiento comprendido entre *ver el mundo* y *oír su rumor*.